

843
B

FQ2167
PS
SL



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA PRESENTE TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA PAZ DEL HOGAR

DEDICADO Á MI QUERIDA SOBRINA VALENTINA SURVILLE

La aventura que trae á mi memoria la escena que voy á contar ocurrió hacia fines de noviembre de 1809, cuando el efímero imperio de Napoleón se hallaba en su apogeo esplendoroso. Los himnos de la victoria de Wagram resonaban aún en el corazón de la monarquía austriaca. Francia y la coalición firmaban la paz, y reyes y príncipes vinieron, á modo de astros, á resolver sus evoluciones en torno del gigante que se dió el gusto de arrastrar á Europa á guisa de séquito, como ensayo magnífico del poderío que desplegó más tarde en Dresde. Nunca había visto París, según afirman los contemporáneos, fiestas más hermosas que las que precedieron y siguieron al matrimonio de este soberano con una archiduquesa de Austria. No, jamás, ni en los esplendores de la monarquía, se distinguieron tantas testas coronadas en las orillas del Sena, ni la aristocracia francesa fué tan rica y tan brillante como entonces. Los diamantes que lucían profusamente en los adornos, los bordados de oro y de plata de los uniformes, contrastaban de una manera tal con la indigencia del período republicano, que parecía que se veían rodar por los salones

de París todas las riquezas del globo. Diríase que embargaba una embriaguez general á aquel imperio breve como el día. Todos los militares, sin exceptuar á su jefe, gozaban, como advenedizos, de los tesoros conquistados por un millón de hombres con charreteras de lana cuyas pretensiones quedaban satisfechas si se les concedían algunas varas de cinta roja. Por esta época hacían las señoras ostentación de la libertad de costumbres que fueron distintivo del reinado de Luis XV, en que no podía estar la moral más relajada. Y bien porque se quisiera igualar en esplendor á la monarquía vencida, ó porque hubiesen dado ejemplo algunos miembros de la familia imperial, según pretendían los descontentos del barrio Saint-Germain, lo cierto es que hombres y mujeres, á porfía todos, se precipitaban en el torbellino de los placeres, con arrojo que parecía presagiar el fin del mundo. Justificaba otra razón este desenfreno. El apasionamiento que demostraban las damas por los militares rayó en frenesí, y este capricho convenía demasiado á los planes del emperador para que éste tratase de cortarlo. Los tratados que se concluían entre Europa y el emperador no parecían más que armisticios, á juzgar por los frecuentes armamentos que decretaba, y las evoluciones de sus tropas eran un constante peligro para los enamorados, pues sus aventuras caminaban al desenlace con tanta rapidez como pronto en resolverse se mostraba el jefe supremo de aquellos *kolbacs*, *dolmans* y *aiguilletes* que tanto agradaron al bello sexo. Los corazones fueron á la sazón tan nómados como los regimientos. En el intervalo de un primero á un quinto parte del gran ejército podía ser sucesivamente una mujer amante, esposa, madre y viuda. ¿Era la perspectiva de una viudez próxima, de conseguir una pensión, de figurar en la historia, lo que hizo parecer á los militares seductores? ¿Les arrastró á las damas la certidumbre de que el secreto de sus pasiones quedaría enterrado en el campo de batalla, ó hay que buscar la causa de este dulce fanatismo en la sugestión que ejerce el valor en los espíritus femeniles? Es posible que hubiese algo de todo ello (cosa que se entretendrá en ir dilu-

cidando algún cronista futuro de las costumbres imperiales) y que á la vez ayudaran tales motivos á la fragilidad con que ellas caían en aquellos amores fáciles. Sea lo que fuere, confesemos que los laureles ocultaron no pocas faltas, que las hembras perseguían con ardor inusitado á los atrevidos aventureros de quienes esperaban alcanzar todos los honores, todos los goces, todas las riquezas con que suele engañarnos el espectáculo de la vida, y que, á los ojos de las muchachas, presentábase una charretera (que pasará á ser una especie de jeroglífico en lo futuro) como símbolo de venturas y de libertad. La pasión desenfrenada por todo lo que resplandecía, fué rasgo distintivo que caracterizó á la citada época, única en nuestros anales. Nunca se pagaron tanto las gentes de los fuegos artificiales ni el diamante alcanzó un valor tan alto. Ávidos los hombres, como las mujeres, de lucir esos guijarros blanquecinos, adornábanse como ellos. Acaso contribuyó á que se estimasen tanto las joyas en el ejército, la necesidad de transportar fácilmente el botín de guerra. No era tan ridículo el hombre, como lo parecería hoy, ostentando en la pechera de la camisa ó en sus dedos gruesos brillantes. Murat, que no podía ser más oriental de lo que era, dió ejemplo de un lujo absurdo entre los militares modernos.

El conde de Gondreville, que se llamó antes el ciudadano Maligno, y que se hizo célebre por el rapto de que fué objeto, pasó á ser uno de los Lúculos de aquel Senado conservador que no conservó absolutamente nada, sólo retrasó su fiesta celebrando la paz para obrar sobre seguro cuando quisiera hacer la corte á Napoleón, esforzándose en eclipsar á los adulones que le habían acusado. Estaban reunidos en los salones del opulento senador, cuando empieza esta historia, los embajadores de todas las potencias amigas de Francia, á beneficio de inventario, y los personajes más importantes del imperio, sin que faltasen tampoco algunos príncipes. El baile comenzaba á languidecer, y aun esperaban todos al emperador, cuya asistencia había prometido el conde. Napoleón no habría dejado de cumplir su palabra, sin la escena que

se produjo aquella misma tarde entre Josefina y él, escena que fué como el anuncio del próximo divorcio de los augustos esposos. La noticia de aquella aventura, que ha recogido la historia, pero que entonces quedó envuelta en el misterio, no llegó á oídos de los cortesanos, y no pudo influir, sino por la ausencia de Napoleón, en la alegría que animaba la fiesta del conde de Gondreville. Solícitas acudieron á su casa las mujeres más lindas de París, que se presentaron sin más que dar crédito á lo que en su elogio se oía de público, y que rivalizaban en lujo, en coquetería, en adornos y en belleza. La banca parecía desafiar, con el orgullo que da la fortuna, á los brillantes generales y á los oficiales superiores del imperio, repletos de cruces, de títulos y de condecoraciones. No desperdiciaban ocasión las familias ricas de presentar, ante los ojos de los pretorianos de Napoleón, á sus herederas, con la loca esperanza de cambiar sus magníficos dotes por un favor inseguro. Las que se creían bastante fuertes con las armas de su belleza, acudían para ensayar el alcance y el influjo de su poder. Allí, como en todas partes, el placer sólo era una máscara. Los rostros serenos y risueños, las frentes tranquilas, cobraban, por parecerlo, un tanto alzado; mentíanse las pruebas de amistad, y más de uno de aquellos ilustres varones desconfiaba menos de sus enemigos que de sus amigos. Estas observaciones no son ociosas, puesto que convenían para interpretar con acierto las escenas á que dió lugar el euredo que nos ha animado á describir el carácter de los salones parisienses de la época, aunque dulcificando un poco, como es natural, su pintura.

—Vuelva usted con disímulo la vista hacia esa columna desmoronada que sostiene aquel candelabro; ¿no ve aquella joven que luce un peinado chino? Allá, en el ángulo, á la izquierda; lleva campanillas azules en la mata de pelo castaño. ¿No ve usted? Está pálida, tanto, que se diría que sufre; es mona y pequeñilla; ahora vuelve la cabeza hacia nosotros; sus ojos azules rasgados y encantadoramente dulces parecen hechos á propósito para llorar. Pero observe usted cómo se inclina para mirar á la señora de Vaudre-

mont á través del dédalo de cabezas inquietas cuyos peinados altísimos le interceptan la vista.

—Ya la tengo, querido. No tenías más que decirme que era la más blanca de todas las que se encuentran entre nosotros, y no hubiera dejado de reconocerla; no puede despintármese: no he visto jamás en ningún rostro tintas tan hermosas como las suyas. Te desafío á que distingas desde aquí sobre su cuello las perlas que separan cada uno de los zafiros del collar. Pero fíjate en que sabe vestir muy bien ó es muy coqueta, pues apenas si deja adivinar el enjambre de adornos en que se pierde su corpiño y la belleza de los contornos. ¡Qué espaldas! ¡Qué blancura de lirio!

—¿Quién será esa dama?—preguntó el que había hablado primero.

—¡Ah! no lo sé.

—¡Aristócrata egoísta! ¿Quieres reservártelas todas para ti, Montcornet?

Montcornet replicó sonriendo:

—Cuidado que te pintas solo para apabullarme con chanzas chocarreras. ¿Te crees con derecho para insultar á un pobre general como yo, porque, siendo tú afortunado rival de Soulanges, no das una voltereta que no alcance á la señora de Vaudremont? ¿O te vales de que sólo hace un mes que he llegado á la tierra de promisión? ¡Qué insolentes sois todos los burócratas que permanecéis clavados en vuestras poltronas, mientras nosotros andamos entre obuses! Vamos, señor príncipe de los memoriales, déjenos espigar en el campo cuya posesión precaria no os corresponde sino luego que nosotros lo abandonamos. ¡Qué diantre! justo es que todo el mundo viva. Si conocieras las alemanas, amigo mío, creo que me servirías cerca de la parisiense que te es tan grata.

—General, puesto que ha honrado usted con su atención á esa dama á quien es la primera vez que veo en estos salones, ¿quiere hacerme la caridad de decirme si la ha visto usted bailando?

—¡Vaya con la ocurrencia, querido Marcial! Se me figura que no saldrías muy airoso como te nombrasen para cualquier embajada. ¿No ves que hay tres filas de coquetas, las más atrevidas de París, colocadas

entre ella y el enjambre de bailadores, y no te ha sido necesario hacer uso de tus lentes para descubrirla, puesto que parece eclipsada en la obscuridad de aquella columna, no obstante las bujías que resplandecen en la araña encima de su cabeza? Tantos diamantes hay esparcidos entre ella y nosotros, centellean tantas miradas, flotan tantas plumas, ondean tantas blondas y tantas trenzas y tantas flores, que tendría yo por milagro que ningún bailarín pudiera señalarla entre todos esos astros. Pero ¿no has atinado, Marcial, que puede ser la esposa de algún subprefecto de Lippe ó de Dyle, que, sin duda, habrá venido á ver si logra que ascienda su hombre á una prefectura?

—¡Oh! pues ascenderá—saltó con viveza el Director de Investigaciones.

—Lo dudo—replicó el coronel de coraceros riéndose;—se me antoja que es tan novicia en materia de intrigas, como tú lo eres en diplomacia. Apuesto á que no sabes cómo se las ha arreglado para asistir á esta fiesta.

El Director miró al coronel de coraceros de la guardia con un aire en que se descubría tanto desdén como curiosidad.

—Mira—continuó diciendo Montcornet.—Habrá llegado indudablemente á las nueve en punto, antes que nadie acaso, y probablemente habrá puesto en fuerte apuro á la condesa de Gondreville, que no sabe unir dos ideas. Huyendo de la áspera acogida que le haya dispensado la dueña de la casa, rechazada de silla en silla por cada señora de las que hayan ido presentándose, hasta la penumbra que reina en ese estrecho ángulo, se habrá dejado sitiar ahí, víctima de los celos de sus rivales, para quienes no debe de haber sido poco grato el obscurecer con tanta facilidad un rostro tan peligroso. Me la figuro abandonada, sin una voz amiga que la sostuviera dándole ánimos para defender el sitio que le correspondía ocupar desde los primeros instantes, y me figuro también las maniobras de las pérfidas bailadoras corriendo la orden, á los caballeros de su pandilla, de no invitar á nuestra pobre amiga, bajo pena de incurrir en los más terribles castigos. Así es como esos palmitos adorables

tan tiernos y cándidos en apariencia, habrán formado su coalición contra la desconocida, y eso sin que ninguna de esas mujeres se haya preguntado otra cosa que: «¿Conoce usted, querida, á esa damita azul?» Nada, Marcial; si quieres sufrir más miradas adulatoras y más preguntas provocativas que las que se te dirigirán en el resto de los años, prueba á romper la triple muralla que protege á la reina de la Dyle, de la Lippe ó de Charente. Tú verás si la más estúpida de todas las mujeres que andan por el salón sabe ó no sabe manejárselas con astucia para impedir que el hombre más resuelto y osado saque de su obscuridad á la dolorosa. ¿No te parece que tiene su cara aires de elegía?

—¿Lo cree usted así, Montcornet? ¿Insiste en que es casada?

—¿Y por qué no viuda?

—Se la vería más ágil y diligente—observó riendo el Director de Investigaciones.

—Puede que se trate de una viuda, cuyo marido haya sido jugador incorregible.

—En efecto, después de firmada la paz se nos presentan tantas viudas de ese género...—respondió Marcial.—Pero, mi querido Montcornet, hablamos como dos simples. Aquella cabeza acusa aún sobrada ingenuidad, respira demasiada juventud, y hay tal frescura en las sienes y en la frente, que no es posible que esa mujer se haya casado. ¡Qué encarnación más vigorosa! Están fuertes las líneas de la nariz; los labios, la barba, todo está lozano en ese rostro como un capullo de rosa blanca, aunque parezca velada la fisonomía por nubes de tristeza. ¿Qué es lo que hará llorar á esa joven?

—¡Lloran por tan poco las mujeres!—observó el coronel.

—No sé—replicó Marcial,—pero su pesadumbre no proviene de que no la inviten á bailar, ni data de hoy; bien se echa de ver que se ha adornado esta noche premeditadamente. Apostaría á que está enamorada.

—¡Bah! Puede que sea hija de algún principillo de Alemania, puesto que nadie le dirige la palabra—dijo Montcornet.

—Pero ¡cuán desgraciadas son las pobres criaturas—añadió Marcial.—¿Hay quien tenga más gracia y más finura que nuestra desconocida? Ninguna de esas envidiosas que la rodean le dará conversación, y eso que se vanaglorian de ser tan sensibles. Si hablase podríamos ver si tiene los dientes hermosos.

—¡Hola, hola! ¿te alborotas, como la leche, á la más leve elevación de la temperatura?—gritó el coronel algo resentido de que su amigo se convirtiera tan fácilmente en rival.

—¡Cómo!—dijo el Director de Investigaciones sin hacer caso de la pregunta, dirigiendo su lente á todos los circunstantes—¿conque no hay nadie entre nosotros que pueda darnos el nombre de esa flor exótica?

—¡Qué diablo! Será alguna aya—repuso Montcornet.

—¡Admirable! ¿Una aya que lleva zafiros dignos de una reina y ropa de Malines? A otro perro con ese hueso, general. Dejaría usted de ser hábil diplomático si pasara usted con tanta ligereza en sus evoluciones de la princesa alemana á la aya ó señorita de compañía.

El general Montcornet detuvo por el brazo á un hombrecillo regordete cuyos cabellos grises y cuyos ojos vivarachos se veían en todos los esquinzos de las puertas y se mezclaban sin ceremonia en los diferentes grupos que le acogían respetuosamente.

—Amigo Gondreville—le dijo Montcornet,—¿quién es aquella encantadora damita sentada allá, debajo de aquel inmenso candelabro?

—¿El candelabro? Ravrio, querido; Isabey ha proporcionado el diseño.

—Sí, sí, ya he reconocido tu gusto y tu riqueza en el mueble; pero pregunto por la mujer.

—Pues no la conozco. Será, sin duda, amiga de mi esposa.

—O tu querida, viejo cazurro.

—No, palabra de honor. No hay otra como la condesa de Gondreville para invitar á personas que no conoce nadie.

A pesar de estas frases llenas de acritud, el hombrecillo regordete conservó en sus labios la sonrisa de

íntima satisfacción que la sospecha del coronel de coraceros le había producido. Éste se acercó á un grupo próximo donde trataba de recoger el Director de Investigaciones, aunque inútilmente, algunos datos acerca de la desconocida. Apartóle un poco y le dijo al oído:

—Mi querido Marcial, ten cuidado. Hace algunos minutos que te mira la señora de Vaudremont con desesperante curiosidad: ya sabes que es capaz de adivinar lo que me digas, por un solo movimiento de tus labios; nuestras miradas están siendo demasiado significativas y se ha fijado en ellas y sigue su dirección; se me figura que está más preocupada que nosotros de la damita azul.

—Esa es astucia de guerra que no cuaja, Montcornet. ¿Qué me importa? Yo soy como el emperador: cuando hago alguna conquista, la conservo.

—Mira, Marcial, que á los fatuos hay que darles severas lecciones. ¿Cómo es eso? ¿Conque tienes la dicha de ser el señalado para la señora de Vaudremont, una viuda de veintidós años, cargada con cuatro mil napoleones de renta, una mujer que te coloca en los dedos diamantes tan preciosos como este—añadió, cogiendo la mano izquierda de su amigo, que le dejó hacer sin resistirse,—y aun tienes la pretensión de ejercer de Lovelace, como si fueras coronel y estuvieras obligado á sostener tu fama militar en las guarniciones? ¡Caramba! piensa en lo mucho que perderías.

—Por lo menos, no perdería mi libertad—repuso Marcial riendo con risa forzada.

Miró apasionadamente á la señora de Vaudremont, quien no contestó sino con cierta sonrisa que revelaba su inquietud, pues había visto al coronel examinando la sortija del Director de Investigaciones.

—Te advierto, Marcial, que si te empeñas en rondar á mi desconocida, emprendo la conquista de la señora de Vaudremont.

—Conforme, querido coracero; pero no obtendrá usted ni esto—dijo el interpelado metiéndose, con ademán picaresco, la limpia uña de su pulgar en uno de los dientes superiores y haciéndola chasquear.

—No eches en saco roto que soy soltero, que mi espada es toda mi fortuna, y que desafiarme así es lo mismo que sentar á Tántalo delante de un festín que devorará.

—¡Prrr!

Sirvió de respuesta á la amenaza del general esta burlona acumulación de consonantes, y le abandonó su amigo, no sin que le midiera con la mirada de arriba abajo. La moda de la época obligaba á todo hombre á llevar calzón de casimir blanco y medias de seda. Este lindo traje daba cierto relieve á las perfectas formas de Montcornet, quien frisaba entonces con los treinta y cinco años y llamaba la atención por la elevada talla que se exigía á los coraceros de la guardia imperial, cuyo airoso uniforme realzaba su garbo que mantenía á pesar de la gordura que le fueran dando los ejercicios de equitación. Los bigotes negros contribuían á embellecer la expresión franca de un rostro verdaderamente militar; tenía ancha la frente y despejada, la nariz aguileña y los labios rojos. Sus modales eran nobles, gracias al hábito de mando, y podían agrandar á una mujer que tuviese el buen acierto de no empeñarse en convertir en esclavo á su marido. Sonrió el coronel mirando al Director de Investigaciones, uno de sus mejores camaradas de colegio, cuyo tipo bajo y esbelto le obligó á humillar un poco su mirada amistosa para responderle la burla con que se había despedido.

Era el barón Marcial de la Roche-Hugón un joven provenzal á quien Napoleón protegía y que parecía indicado para desempeñar una de las embajadas más importantes: tenía sugestionado al emperador con su complacencia dulzona, verdaderamente italiana, con su índole intrigante, con la elocuencia de salón y con el arte de los modales que reemplazan sin dificultad á las eminentes cualidades de un hombre perfecto. Aunque viva y fresca, su cara poseía ya el brillo inalterable de la hojalata, una de las virtudes indispensables para los diplomáticos, puesto que les permite disfrazar sus emociones y despistar en lo relativo á su sentir, si no es que semejante impassibilidad anuncia la carencia de toda emoción y la muerte

de todo sentimiento. Puede creerse que el corazón de los diplomáticos es como un problema insoluble; pues los tres embajadores más ilustres de la época se han distinguido por sus odios y por sus amores novelescos. Por otra parte, Marcial era uno de esos hombres que no dejan de pensar en lo porvenir, aun en lo más exaltado de sus goces: había apreciado ya lo que daba de sí el mundo, y ocultaba sus miras ambiciosas bajo la máscara de la fatuidad que explota el hombre afortunado, disfrazando su talento con la librea de las medianías luego que observó que los que hacían poca sombra al amo subían rápidamente.

Los dos amigos se despidieron dándose un apretón de manos cordial. El prelude que invitaba á las damas á formar en las cuadrillas de una nueva contradanza, lanzó á los hombres del vasto círculo en que bailaban, empujándoles hacia el centro del salón. El rápido coloquio sostenido en el intervalo de baile á baile, fué iniciado en el gran salón del hotel Gondreville, delante de la chimenea. Las preguntas y las respuestas de aquella especie de chismografía, bastante común á toda reunión de esta índole, habían sido como silbadas por uno y otro interlocutor á la oreja de su vecino. Con todo, tan profusamente iluminaban las girándulas y las bujías de la chimenea, que las caras de los dos amigos, cogidas en el foco de la luz, no pudieron ocultar, y eso que era grande su discreción diplomática, la imperceptible expresión de sus sentimientos ni á la perspicaz condesa ni á la cándida desconocida. Los espíritus avisados se distraen cuando se hallan entre mucha gente y se ven precisados á permanecer ociosos en adivinar el pensamiento oculto, mientras que los necios, engañándose á sí mismos, se aburren sin atreverse á confesarlo.

Para que se comprenda todo el interés de esta conversación, es necesario contar un acontecimiento que, mediante invisibles sucesos, iba á reunir á los personajes de este pequeño drama, diseminados á la sazón por los distintos salones del palacio. Cerca de las once, cuando los bailarines volvían á sus sitios, se presentó la dama más bella de París, la reina de la

moda, la única que faltaba en la fastuosa reunión. No entraba nunca sino en el instante más culminante de la fiesta, cuando está tan animada y bulliciosa, que ya, pasado ese momento, difícilmente pueden conservar las mujeres la frescura de su rostro ni la de sus tocados. Ese momento fugaz es como la primavera de un baile. Una hora después el aturdimiento del goce pasa, sobreviene el cansancio, y todo parece mustio. Jamás se había visto que la señora de Vaudremont cometiera la irreparable falta de quedarse para mostrar á los maliciosos sus flores dobladas, desrizados sus bucles, los adornos del vestido arrugados, y, lo que es peor, las facciones tan lacias como las que presentan todos cuantos quieren resistir al sueño, tirano que no permite que le engañen con facilidad. Guardábase de que ojos profanos viesan, como en sus rivales, su belleza adormecida sabía sostener hábilmente su reputación retirándose siempre de un baile con la misma auréola que ostentaba al entrar. Las señoras murmuraban en voz baja con envidia, que preparaba y cambiaba tantos trajes como números había en el programa de una noche. Pero ocurrió que en la noche de que hablamos había de serle fácil abandonar el salón en que penetraba tan triunfalmente, tan pronto como se lo propusiera. No hizo más que detenerse, como de ordinario, en el dintel de la puerta, y ya se impuso de los tocados que lucían las mujeres, examen que hacía con asombrosa rapidez para estar segura de que sus atavíos eclipsaban el insultante lujo de las demás. Los presentes admiraron á la célebre coqueta, que pasó por en medio de ellos del brazo de uno de los más bravos coroneles de artillería de la guardia imperial, favorito del emperador, conde de Soulange. Hubo, sin duda, algo de misterioso en la aproximación momentánea y fortuita de estos dos personajes. Al ser anunciados el señor Soulanges y la condesa de Vaudremont, las damas más vistosas se levantaron, y los hombres que se hallaban en las habitaciones inmediatas agolpáronse á las puertas del salón principal. Uno de esos graciosos que no faltan nunca donde hay multitud de personas, dijo, al

entrar á la dama y á su caballero, «que las señoras mostraban tanta curiosidad en ver á un hombre fiel á su pasión, como los hombres en comerse con los ojos á una mujer lindísima que no era fácil que fuera firme en sus cariños». El conde de Soulanges, joven que no pasaba aún de los treinta y dos, poseía el temperamento nervioso que suele ser origen de grandes virtudes, pero sus formas raquílicas y su tinte pálido no prevenían á nadie en su favor: sus ojos negros anunciaban que era extraordinaria la vivacidad de su espíritu, pero entre extraños mostrábase taciturno, y nada revelaba en su carácter que llegara á ser uno de los oradores más brillantes que formaron la derecha en las asambleas legislativas de la restauración. La condesa de Vaudremont, alta, algo gruesa, cuya piel deslumbraba por su blancura, mujer que movía graciosamente su cabecita sobre los hombros y que poseía la inmensa ventaja de inspirar cariño por la gentileza y el garbo de sus modales, era una de esas criaturas adorables que no desmienten nunca las gratas ilusiones concebidas cuando vemos á una mujer hermosa. Esta pareja, que se había atraído por breves instantes la atención general, no dejó que los curiosos se regodeasen mucho tiempo á costa suya. El coronel y la condesa comprendieron perfectamente que la casualidad les ponía en situación poco agradable. Marcial, que les vio adelantarse, se unió al grupo de hombres colocado junto á la chimenea, para seguir mirando, á través de las cabezas que se extendían delante de él en forma de muralla, á la señora de Vaudremont, tan atentamente y tan encendido en celos como mira á su ídolo todo enamorado primerizo: decíale una voz secreta, íntima, que el triunfo de que se vanagloriaba no sería duradero; la sonrisa cortés, pero fría con que la condesa hizo las gracias al señor de Soulanges y el gesto que hizo para despedirle, sentándose al lado de la señora de Gondreville, aflojaron todos los músculos de su rostro. Como viera de allí á poco que Soulanges continuaba de pie á dos pasos del asiento que ocupaba de Vaudremont, y que parecía no haber entendido la mirada con que la joven le había insinuado

que estaban representando los dos un papel ridículo el provenzal de fantasía ardiente frunció de nuevo las negras cejas que sombreaban sus ojos azulacarició, distraído, los bucles de sus cabellos oscuros, y sin reflejar las emociones que le hacían palpar el corazón vigiló los movimientos de la condesa y de Soulanges, mientras bromeaba con los demás entonces estrechó la mano del coronel; que renovó sus antiguas amistades, pero le escuchó sin oírle, preocupado le tenían sus ideas. Soulanges contemplaba tranquilamente la cuádruple fila de mujeres que servía de marco al inmenso salón del senador, admirando la orlatura de diamantes, de rubíes, de garrullas de oro y de cabezas adornadas, cuyo brillo hacía palidecer el resplandor de las bujías, el cristal de las arañas y el dorado de los frisos y de los artesones. La actitud indiferente de su rival hizo que el Director de Investigaciones perdiera su calma, y corrió hacia la señora de Vaudremont, con el objeto de saludarla porque no podía dominar la profunda impaciencia que le estaba consumiendo. Soulanges miró solapadamente al provenzal y volvió la cabeza con gesto impertinente.

Reinó en el salón un silencio grave, y la curiosidad que había hecho presa en todos los ánimos llegó al colmo. Las cabezas que se estiraban para ver ofrecían las expresiones más extravagantes, y no hubo quien no temiese y á la par no esperase uno de esos escándalos que las personas bien educadas procuran no provocar. Pero, de pronto, la pálida del conde se encendió como la escarlata que adornaba su ropa, y sus miradas se humillaron para que no se descubriera el motivo de su turbación. Lo mismo fué ver á la desconocida, humildemente sentada al pie del candelabro, que pasar con aire triste delante del provenzal, yendo á refugiarse en uno de los salones de juego. Creyóse que Soulanges, temiendo la derrota ridícula en que caen los amantes desdichados, cedía públicamente el puesto á Marcial: levantó con orgullo la cabeza, y como se fijase también en aquella joven medio oculta, ocurrió que se sentase cómodamente cerca de la señora de Vaudremont,

mont, escuchóla tan distraído, que no oyó estas palabras pronunciadas al amparo del abanico:

—Marcial, me complacerás mucho si no llevas esta noche la sortija que me has quitado; tengo mis razones y ya las explicaré cuando nos retiremos. Me darás el brazo para ir á casa de la princesa de Wagram.

—¿Por qué has aceptado el brazo del coronel?— preguntó el barón.

—Le he encontrado en el peristilo; pero márchate, porque todo el mundo nos mira.

Marcial se aproximó otra vez al coronel de coraceros, y la damita azul fué entonces el centro que atraía, á la vez y diversamente, las inquietas ideas de Soulanges, de Marcial y de la condesa de Vaudremont. Al separarse los dos amigos después de haberse lanzado el reto que puso fin á su conversación, el provenzal recogió á la condesa, colocándola en medio de la cuadrilla más brillante. Sabiendo cómo embriaga á la mujer el baile y cómo la adormecen sus movimientos voluptuosos y la embaucan con su charla los hombres, á quienes presta lo vistoso de la ropa, en estos casos, iguales atractivos que el tocado á las damas, figuróse Marcial que podía recrearse impunemente contemplando á la desconocida. Pero si pudo ocultar sus primeras miradas, no tardó la condesa, cuyas pupilas tenían no sé qué movilidad recelosa, en pillarle en flagrante delito; y si bien se excusó diciendo que se hallaba preocupado, de ningún modo supo justificar el impertinente silencio que guardó al hacersele la más seductora de las preguntas que una mujer pueda dirigir á un caballero: «¿Me amas esta noche?» Cuanto más soñador parecía él, tanto más le acosaba y más quisquillosa se le mostraba su amante. En tanto que bailaba el provenzal, el coronel iba de grupo en grupo á la caza de informes que le revelasen algo de la forastera. Y cuando ya había cansado la amabilidad de todos, aun de los indiferentes, determinóse á abordar á la condesa de Gondreville, viéndola sola un momento, para preguntarle á ella misma el nombre de aquella dama misteriosa; pero varió de propósito fijándose en que había quedado cierto espacio vacío entre la columna que

sostenía el candelabro y los dos divanes que la rodeaban. El coronel aprovechó el momento en que el baile dejaba vacantes muchas de las sillas que formaban á modo de fortificaciones, defendidas por las madres ó por mujeres de cierta edad, y se puso á remover la empalizada cubierta de chales y de pañuelos. Fué cumplimentando á las nobles ancianas, y de señora en señora, haciendo una cortesía tras de otra, llegó por fin á colocarse en el sitio que buscaba, cerca de la damita azul. A riesgo de hacerse un siete enganchándose en los puntiagudos salientes de la gran antorcha, mantúvose debajo de la luz y de la cera que derretían las bujías, con no poca pesadumbre de Marcial. Demasiado diestro para dirigirse bruscamente á la desconocida, empezó por decir á una señora bastante fea sentada al lado izquierdo:

—Está hermoso y lucido el baile. ¡Qué lujo! ¡qué animación! Palabra de honor que me parecen todas las mujeres lindas. Si usted no baila es, sin duda, por falta de voluntad.

La insípida conversación iniciada por el coronel no tenía más objeto que hacer hablar á su vecina de la derecha, quien, preocupada y silenciosa, no le hacía caso alguno. El oficial llevaba meditadas infinidad de frases que debían concluir por un «¿y usted, señora?» pregunta de la que esperaba grandes resultados. Pero no fué floja su sorpresa cuando notó que brillaban algunas lágrimas en los ojos de la forastera, á quien parecía tener cautivada por completo la de Vaudremont.

—¿La señora está casada, tal vez?—preguntó á la postre el coronel Montcornet con voz insegura.

—Sí, señor—respondió ella.

—¿Y su marido está aquí, no es eso?

—Sí, señor.

—¿Por qué se halla usted, pues, en este sitio? ¿Por coquetería?

La afligida mujer sonrió tristemente.

—Concédame usted el honor, señora, de ser su caballero en la contradanza próxima, y aseguro que volveré á conducirla á este rincón. Junto á la chimenea distingo una góndola abandonada; venga usted

allí. Cuando hay tantas gentes que procuran dominar y la locura del día es poder encaramarse á la dignidad real, no concibo que rehuse usted el título de reina del baile, que por su belleza le pertenece.

—No bailaré, caballero.

La breve entonación que imprimía á sus respuestas era tan desesperante, que el coronel se vió obligado á apagar los fuegos y á suspender el asedio de la plaza. Sonrió Marcial, adivinando la última petición del militar y la negativa que había seguido, é hizo brillar la sortija del dedo acariciándose la barba.

—¿De qué te ríes?—le dijo la condesa.

—De las desventuras de ese pobre coronel, que acaba de dar un paso en falso...

—Te había rogado que te quitases la sortija—interrumpióle su amante.

—Pues no lo he oído.

—Si no oye usted nada esta noche, bien sabe verlo todo, señor barón—replicó ella algo picada.

En este instante decía la forastera al coronel:

—Ahí tiene usted á un joven que luce un brillante muy hermoso.

—Magnífico. Ese joven es el barón Marcial de la Roche-Hugón, uno de mis amigos más íntimos.

—Le agradezco que me haya usted dicho su nombre; parece muy amable.

—Sí, pero es algo atolondrado.

—Cualquiera creería que están muy en armonía él y la condesa de Vaudremont—inquirió la joven, interrogando con los ojos al militar.

—A partir un piñón.

La desconocida se puso pálida.

Pensó el militar: «Vamos, ama á Marcial, ya se ve.»

—Creía yo que la señora de Vaudremont estaba comprometida desde mucho atrás con el señor de Soulanges—siguió diciendo la joven, algo repuesta de la pena íntima que acababa de alterar el brillo de su semblante.

—Hace ocho días que le engaña la condesa—repuso el coronel.—Pero usted debe de haber visto á ese pobre Soulanges cuando entró; procura todavía afectar que no cree en su desgracia.

—Le he visto—dijo la dama azul; después añadió: —Señor, le doy á usted mil gracias.

Y la entonación con que lo dijo parecía mucho á una despedida.

Iba á terminarse la contradanza, y el coronel, contrariado, sólo tuvo tiempo para retirarse, diciéndose por vía de consuelo: «Está casada.»

El barón llevóse al coronel hacia una de las ventanas que daban al jardín para respirar el aire puro. Apoyados en el repecho, entablaron este diálogo:

—¿Qué tal, valiente coracero? ¿cómo estamos de conquista?

—Casada, querido.

—Y eso ¿qué importa?

—¿Cómo que no? Yo soy honrado y no quiero dirigirme sino á damas con quienes pueda contraer matrimonio. Por otra parte, has de saber que me ha asegurado formalmente que no bailará.

—Apostemos tu caballo gris contra cien napoleones á que bailará esta noche conmigo.

—Conformes—dijo el coronel golpeando en la mano al fatuo.—Mientras, voy á ver á Soulanges; puede que conozca á esa dama, que he creído que se interesaba por él.

—Vaya, has perdido—exclamó Marcial riéndose.—Mis ojos han tropezado con los suyos, y me reconozco ya en ellos. Querido coronel, ¿no me echarás en cara el que baile con esa joven, después de las calabazas que has recibido?

—No, no. Al freir será el reir. Por otra parte, Marcial, yo soy buen jugador y buen enemigo. Te prevengo que le gustan mucho los diamantes.

Separáronse. El coronel Montcornet entró en el salón de juego donde vió á Soulanges sentado. Aunque no existía entre los dos coroneles más que esa amistad ligera, nacida de los peligros de la guerra y de los deberes del servicio, afectóle al coronel de coraceros el ver al de artillería, á quien tuvo siempre por prudente, comprometido en una partida que pudiera muy bien arruinarle. Daban fe del desenfreno con que se jugaba los montones de oro y de billetes reunidos sobre la pila fatal. Rodeaba un círculo de

hombres silenciosos á los jugadores sentados alrededor de la mesa. De cuando en cuando resonaban fuertemente voces como estas: *paso, juego, copo, mil luis, copados*. Pero observando á los cinco personajes inmóviles, parecía que sólo se hablasen con los ojos. Cuando se acercó el coronel, asustado por la palidez de Soulanges, éste ganaba. El mariscal duque de Tsemberg, y Keller, célebre banquero, se levantaban, completamente desbancados y habiendo perdido sumas considerables. El conde se puso más sombrío recogiendo un caudal en oro y billetes que no contó; amargo desdén crispó sus labios, pareciendo que amenazaba á la fortuna en vez de agradecerle sus favores.

—Valor, Soulanges, valor—le dijo el coronel. Y creyendo que le prestaba un verdadero servicio arrancándole del juego—Venga usted—añadió,—tengo que dar á usted una buena noticia, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de responder á lo que yo pregunte.

Levantóse bruscamente el conde, lió con soberana indiferencia sus ganancias en un pañuelo que había arrugado con movimientos convulsivos, y adquirieron sus facciones un aire tal de indómita fiereza, que ningún jugador hubiese puesto en duda que fuese *Carlomagno*. Todas las caras recobraron su aspecto tranquilo cuando aquella cabeza dura y malhumorada desapareció del círculo luminoso que describía la lámpara por encima de la mesa.

—Esos diablos de militares se entienden como gitanos en ferias—observó en voz baja un diplomático del montón, ocupando el sitio del coronel.

Sólo se volvió un rostro descolorido y fatigado hacia el que acababa de entrar, y repuso, dirigiéndole una mirada que brilló, pero apagándose en seguida como sucede con los resplandores del diamante:

—Quien dice militar no dice afable, señor ministro. Montcornet se apartó hacia un ángulo con Soulanges, y le dijo:

—El emperador ha elogiado á usted esta mañana, y no creo dudosa su promoción á mariscal.

—El amo no es aficionado al arma de artillería.

—Cierto, pero adora la nobleza, y la de usted viene de abolengo. El amo ha añadido que los que se casaron en París durante la campaña no merecen su enojo. ¿Qué le parece á usted?

Tan abstraído estaba el conde, que parecía no haber oído las palabras últimas. El coronel continuó:

—¡Ah! y ahora espero que me diga usted si conoce á una encantadora damita que está sentada al pie del candelabro...

Esto sí que lo entendió Soulanges: encendióronse sus ojos, cogió con violencia inusitada la mano del coronel y le gritó con acento alterado:

—Si me hace otro esa pregunta, querido general, le aplasto el cráneo con esta maza de oro. Déjenme usted en paz, se lo suplico. Tengo más ganas esta noche de saltarme la tapa de los sesos que de... Deténgame cuanto hay á mi alrededor, y voy á salir de este infierno. La alegría, la música, las caras estúpidas que se ríen, me matan, me asesinan.

—Pobre amigo mío—replicó dulcemente Montcornet dando palmaditas amistosas en la mano de Soulanges,—le veo á usted apasionadísimo. ¿Qué dirá usted si yo le contara que Marcial piensa tan poco de la señora de Vaudremont, que se ha prendado de esa damita?

—Si le habla—profirió Soulanges tartamudeando de ira—lo aplasto, aun cuando el fatuo se ampare en el regazo del emperador.

Y el conde cayó como anonadado en el confidante á que le había conducido el coronel. Empezó á hacer una retirada discreta, comprendiendo que las atenciones de una amistad superficial y las chanzoncillas eran mal recurso para apaciguar la cólera que empezaba á iniciarse. Cuando el coronel Montcornet entró en el salón de baile, la señora de Vaudremont fué la primera persona que se ofreció á sus ojos. Notó en su cara, tan tranquila ordinariamente, muchas muestras de mal disimulada agitación. Como había un asiento vacante junto á la condesa, corrió el coronel á su lado.

—Apuesto á que no está usted de buen humor.

—Bagatela, general; quisiera haberme marchado ya; he prometido que iría al baile de la gran duquesa de Berg, y es preciso que asista antes al de la princesa de Wagram. El señor de la Roche-Hugón, que lo sabe, se entretiene en requiebrar á esas respetables viudas.

—No es ese el verdadero motivo de su inquietud, y van cien luses á que no saldrá usted de aquí esta noche.

—¡Impertinente!

—¿Luego he dicho la verdad?

—¿Sí? Pues bien, ¿qué pienso?—añadió la condesa dando un abanicazo en los dedos del coronel.—Soy capaz de recompensarle, si lo adivina usted.

—No aceptaré el reto, porque tengo muchas ventajas en mi favor.

—¡Presuntuoso!

—Lo que usted teme es ver á Marcial á los pies...

—¿De quién?—preguntó la condesa fingiéndose sorprendida.

—De aquel candelabro—repuso el coronel señalando á la forastera y fijándose en la condesa con atención empalagosa.

—Lo ha acertado usted—replicó la coqueta cubriéndose primero el rostro con el abanico, y jugando después con él, al mismo tiempo que decía:—La señora de Lansac, que es maliciosa, ya lo sabe usted, como un mico viejo, acaba de asegurarme que Roche-Hugón correría grandes riesgos si le daba por cortejar á esa desconocida que hace aquí esta noche el papel de tarasca, amenazando con aguar la fiesta. Preferiría hallarme delante de la Muerte, que no ver ese rostro cruelmente hermoso y tan pálido como una visión. Es mi genio malo.

Y dejando escapar un suspiro que revelaba su despecho, prosiguió:

—La señora de Lansac, que sólo va á los bailes para fijarse en todo haciendo como que dormita, me ha puesto muy recelosa. Cara me pagará Marcial la partida serrana que me juega. Sin embargo, coronel, persuádale usted, puesto que es su amigo, para que no siga atormentándome.

—Acabo de ver á un hombre que no tiene otra intención que saltarle la tapa de los sesos si se dirige á esa damita. Es hombre de palabra, señora. Pero no nosco á Marcial, y los peligros le envalentonan. Ha más aun: hemos apostado...

El coronel bajó la voz.

—¿Será cierto?—preguntó la condesa.

—Por mi honor.

—Gracias, querido coronel—repuso la señora de Vaudremont, envolviéndole en una de sus miradas más adorables.

—¿Me honrará usted bailando conmigo?

—Sí, la segunda contradanza. Ahora quiero averiguar lo que puede ocurrir en esta intriga y quién es esa damita azul; tiene aire inteligente.

Viendo el coronel que la señora de Vaudremont deseaba quedarse sola, se alejó, satisfecho de haber comenzado con tanto éxito su ataque.

Siempre hay en las fiestas algunas damas que, recidas á la señora de Lansac, hacen como los marinos viejos que se entretienen mirando desde la orilla de qué manera sortean los marineros jóvenes el peligro de las tempestades. La señora de Lansac, quien parecían interesar mucho los personajes de esta escena, pudo sorprender fácilmente la lucha que sostenía en aquel momento la de Vaudremont. Pero más que la coqueta se abanicaba graciosamente, sonreía á los jóvenes que la saludaban y empleaba toda la astucia de que se sirve una mujer para disimular su emoción, la noble anciana, una de las duquesas más perspicaces y maliciosas que el siglo diez y ocho había legado al diez y nueve, sabía leer en su corazón y en su pensamiento. Diríase que la vieja escrutaba los movimientos imperceptibles en que se revelan los afectos del alma. El pliegue más ligero que arrugase aquella frente tan blanca y tan pura, la más suave alteración de las mejillas, el enarcamiento de las cejas, las inflexiones más vagas de los labios, cuyo coral movedizo nada podía ocultarle, eran para la duquesa como si tuviera delante un libro abierto. Desde el fondo de su poltrona, que llenaba enteramente con su vestido, la coqueta jubilada admiraba

base á sí misma como reconociéndose en la coqueta joven, y hacía todo esto contestando á un diplomático que le daba conversación para hacer acopio de las anécdotas que con tanto donaire sabía contar. Notando con qué talento sabía disfrazar su pena y sobreponerse á las heridas de su corazón, aficionóse la dama á la condesa, quien, en efecto, sentía un dolor tan grande como loca era la alegría que aparentaba.

—Había creído ella encontrar en Marcial un hombre de talento que le sirviese de apoyo para embellecer con todos los encantos de su poderío avasallador su existencia: ahora reconocía el yerro, tan cruel para su

—¿Cómo como para su amor propio. Las pasiones estaguardaban en el pecho de aquella mujer, con fuego volcánico, cual ocurría á todas las de su época, y eran tan impetuosas como prontas. Las almas que viven muertas en poco tiempo no sufren menos que las que se consumen alimentadas por un sólo afecto. Es verdad que la simpatía de la condesa por Marcial era, puede decirse, de la víspera; pero no hay cirujano, por nepto que sea, que ignore que es más dolorosa la amputación de un miembro sano que la de un miembro corroído. La pasión que sentía la señora de Vaudremont miraba á lo porvenir, mientras que la de Lansac, la que le había cautivado antes, era pasión sin esperanza alguna, envenenada por los remordimientos de Soulanges.

La de Lansac deseaba ponerse al habla con la condesa, y en cuanto vió el momento oportuno, apresuróse á licenciar á su embajador; pues cuando se trata de amantes enemistados, todo lo demás pierde interés, hasta para las viejas. La señora de Vaudremont recogió la mirada sardónica de la duquesa, temblante, porque le pareció que su suerte estaba en manos de la noble anciana. Hay miradas de mujer á mujer que son como las antorchas que resplandecen en el desenlace de una tragedia, y sería preciso haber conocido á la tal duquesa para apreciar qué terror inspiraba el juego de su fisonomía á la amiga del provenzal. La señora de Lansac era buena moza, y sus rasgos fisonómicos obligaban á que se dijera de ella: «¡Esa mujer habrá sido hermosa!» Poníase

tanto colorete en las mejillas, que las arrugas borrraban; pero el carmín subido no daba brillo tificial á sus ojos, sino que, por el contrario, contribuía á hacerlos parecer más oscuros. Ostentaba gran número de diamantes y vestía con cierto gusto para no caer en lo ridículo. Su nariz puntiaguda denunciaba un espíritu burlón. Una dentadura artificialmente colocada ponía en su boca no sé qué guiño irónico que recordaba el de Voltaire. Sin embargo la exquisita cortesanía de sus modales dulcificaba tal modo el giro malicioso de sus ideas, que era imposible acusarla de maldad alguna. Animáronse los ojillos grises de la vieja, y una mirada triunfante que acompañó á la par una sonrisa, y que indicaba «cumplimiento», atravesó el salón y encendió con el encarnado de la esperanza las mejillas de la joven que se hallaba triste y atribulada al lado del candelabro. No podía escapar semejante inteligencia, establecida entre la forastera y la señora Lansac, al ojo experto de la condesa de Vaudremont que entrevió en ello algo misterioso y quiso describirlo.

En el mismo momento, cansado el barón de Roche-Hugón de preguntar á todas las viejas, poder sacar nada en limpio, dirigióse en última instancia, para inquirir el nombre de la dama á la condesa de Gondreville, de quien obtuvo una respuesta poco satisfactoria:

—Es una dama que la *vieja* Lansac me ha presentado.

Volviéndose casualmente hacia la poltrona ocupada por la duquesa, sorprendió la mirada que dirigía la joven de sus sueños, y aunque no estaba desde aquel tiempo atrás en la mejor armonía con ella, resolvió abordarla.

En cuanto vió que el vivaracho barón daba vuelta en torno de su poltrona, la duquesa sonrió con dignidad y sardónica astucia, y dirigió tal mirada á la señora de Vaudremont, que el coronel Montcornet echó á reír.

—Si la gitana adopta un aire de confianza, vá á darme una mala partida—pensó el barón. Y alto

—Señora, me han dicho que está usted encargada de velar por un tesoro muy precioso.

—¿Me toma usted por un dragón?—preguntó la vieja; y después, con tal dulzura que volvió la esperanza á Marcial, dijo:—Pero ¿de quién me habla usted?

—De aquella damita desconocida, á quien los celos de todas esas coquetas han sumido allá, en aquel rincón. ¿Conoce usted, sin duda, á su familia?

—Sí; pero ¿qué quiere usted de una heredera de provincia, casada hace algún tiempo, una muchacha bien nacida y á quien no conocen ustedes porque no va á parte alguna?

—¿Por qué no baila? ¡Es tan bella! ¿Quiere usted que concluyamos un tratado de paz? Si me cuenta usted todo lo que me interesa saber, prometo que la demanda que se formule para la restitución de los bosques de Navarreins por el Dominio extraordinario será eficazmente recomendada al emperador.

El pertenecer á la rama segunda de la casa de Navarreins acuartelada de Lansac, que es de azul en campo de plata, con seis lanzas de acero, también de plata, sobre picas, por los flancos, y los lazos que unían á la vieja con Luis XV, valieron á su marido el título de duque por gracia real; luego siendo así que los Navarreins no habían vuelto aún á Francia, el barón proponía lisa y llanamente una villanía á la dama, insinuándole que pidiese bienes que pertenecían á los primogénitos.

—Caballero—replicó la vieja con gravedad fingida, —tráigame usted á la condesa de Vaudremont. Prometo descubrirle el misterio que envuelve á nuestra desconocida y que la hace tan interesante. No hay hombre en el baile que no sienta una curiosidad tan viva como la que á usted le saca de quicio. Los ojos se vuelven involuntariamente hacia ese candelabro junto al cual se ha sentado con excesiva modestia mi protegida y donde recibe todos los homenajes que le han querido robar. Feliz el que ella acepte por pareja para bailar.

Dicho esto, guardó silencio para dirigir á la condesa de Vaudremont una de esas miradas que tan

claramente dicen: «Hablamos de usted». En segundo añadió:

—Se me figura que le gustaría á usted mucho oír el nombre de la forastera en boca de la hermanita condesa que no en la mía.

Tan provocativa era su actitud, que la señora Vaudremont se levantó, acercóse y tomó asiento en la silla que le ofreció Marcial. Sin hacer caso de él, dijo riéndose:

—Adivino, señora, que se habla de mí; pero confieso mi inferioridad; no sé si en mal ó en bien.

La señora de Lansac estrechó en su mano seca y arrugada la linda mano de la joven, y en voz baja y con tono compasivo le respondió:

—¡Pobrecita!

Miráronse las dos. Comprendió la de Vaudremont que Marcial estorbaba, y le despidió diciéndole impudicamente:

—¡Déjenos usted!

No le satisfacía al Director general que la condesa quedase sujeta al encanto de la peligrosa sibila que la había atraído, y miró á su amante con una de esas miradas varoniles, potentes cuando se dirigen á un corazón ciego de cariño, pero que parecen ridículas á toda mujer cuando empieza á juzgar al hombre que quien se ha enamorado.

—¡Cómo! ¿pretende usted remedar al emperador? —profririó la de Vaudremont levantando orgullosamente la cabeza para mirar al barón con gesto imperioso.

Tenía Marcial demasiado don de gentes y demasiada astucia para exponerse á romper con dama tan bien quista en la corte y á quien el emperador quería casar; confió además en que los celos que se proponía despertar en su alma serían el medio más seguro para descubrir el secreto de su frialdad, se alejó tan de buen grado cuanto que en aquel instante ponía la segunda contradanza á todo el mundo en movimiento. El barón hizo como que dejaba sitio libre á las parejas y fué á apoyarse sobre el respaldo de una consola. Cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció distraído en atisbar la plática de

dos mujeres. De cuando en cuando seguía las miradas que en varias ocasiones dirigieron á la desconocida. Comparó la hermosura de su amante con la de la forastera á quien tan seductora hacía el misterio, y estuvo á pique de caer en las odiosas ilusiones que suelen forjarse todos los hombres que se precian de afortunados: su deseo fluctuaba entre la posición que se le había brindado y la satisfacción de un capricho pueril. El reflejo de las luces destacaba tan bien su rostro inquieto y sombrío de las colgaduras de marfil blanco que rozaban sus cabellos negros, que se habría podido comparar su cabeza con la del genio del mal. Mirándole desde lejos, debió decirse más de un observador: «Cátate otro pobre diablo que debe divertirse mucho.» Apoyado el hombro derecho ligeramente en el dintel de la puerta que se abría entre el salón de baile y la sala de juego, podía reír á sus anchas y sin que le descubriese el coronel; gozaba contemplando el tumulto de las cuadrillas que danzaban; veía voltear á cien cabecitas monas al compás de la música, siguiendo sus ondulaciones; leía en algunas caras, como en las de la condesa y de su amigo Marcial, los secretos de sus íntimas y agitadas emociones; después, volviendo el rostro, trataba de inquirir qué relación existía entre el aire sombrío del conde de Soulanges, que continuaba postrado en el confidente, y la fisonomía lastimera de la dama desconocida en cuyo semblante se iban reflejando por turno riguroso la esperanza risueña y las angustias de un terror involuntario. Montcornet parecía allí el rey de la fiesta: en aquel cuadro animado representábasele la sociedad entera, y reía recogiendo las sonrisas interesadas de cien damas brillantemente embellecidas: un coronel de la guardia imperial, empleo que correspondía al grado de general de brigada, era, ciertamente, uno de los partidos más codiciosos del ejército.

Se aproximaba la media noche. El murmullo de la conversación, el juego, el baile, la coquetería, los intereses figurando en todo aquel barullo, las picardigüelas, los proyectos y las ilusiones que se forjaban allí, todo llegaba ya á ese grado de exaltación y de

vehemencia que arranca á un joven este apóstrofo: «¡Qué baile más hermoso!»

La señora de Lansac decía á la condesa:

—¡Pobre ángel mío! Está usted en una edad en que yo cometí muchas faltas. En cuanto la he visto sufrir dolores comparables á los de mil muertes, he pensado que podía yo darle algunos consejos caritativos. Equivocarse así á los veintidós años ¿no es lo mismo que echar á perder el porvenir, no equivale á desgarrar la ropa que una debe vestirse? Querida, aprendamos muy tarde á servirnos de ella sin arrugarla. Continúe usted procurándose enemigos diestros, amigos inconstantes, y ya verá usted qué linda vida le espera.

—¡Ah, señora! una mujer no consigue fácilmente ser feliz, ¿no es eso?—exclamó vivamente la condesa.

—Es preciso que en esa edad sepa escoger entre los placeres y la dicha. Quiere usted, por ejemplo, casarse con Marcial, que no es ni bastante tonto para ser un buen marido, ni bastante apasionado para ser un amante. Tiene deudas, querida, y puede creérsele la paz de devorar su fortuna de usted en cuatro días. Pero nada importaría todo ello si le trajera á usted felicidad. ¿No ve usted cuán envejecido está? Debe haber estado enfermo con mucha frecuencia, y ahora echa el resto. Dentro de tres años será hombre de agua. El ambicioso despertará en él, y acaso triunfará, pero no lo creo. ¿Qué es él? Un intrigante que puede poseer con toda perfección el tejemaneje de los negocios y charlar agradablemente; sólo que me parece demasiado gallardo para que le abone un mérito verdadero; no irá muy lejos, ea. Nada, mirele: ¿no se le ve en su frente que en estos momentos no ve en usted la mujer hermosa y joven, sino los dos millones de que usted disfruta? No le ama á usted, querida, sino que calcula como si se tratara de un negocio. Quiere usted casarse, escoja á un hombre de mi edad, que haya conquistado ya las consideraciones que merezca y que esté á la mitad de su carrera. Debe una viuda que desea contraer matrimonio fijarse en los amorcillos que pasan. ¿Ha conseguido usted conquistar una sonrisa valiéndose del mismo ard

En la situación en que usted se halla, debe especular con el nuevo contrato, y lo justo es que, si se casa usted de nuevo, sueñe con oírse llamar algún día «señora mariscal».

Las miradas de las dos fueron á fijarse, sin esfuerzo, naturalmente, en la distinguida figura del coronel Montcornet.

—Ahora, si usted se obstina en seguir representando el papel de coqueta, que es tan difícil, y no quiere casarse, ya sé, pobrecilla mía—continuó bondadosamente la duquesa,—que sabrá usted como ninguna amontonar las nubes de una tormenta y dispararlas á capricho; pero si quiere usted creerme, no se goce usted nunca en turbar la paz de los hogares, en destruir la unión de las familias y la ventura de las mujeres que son felices. También yo he representado, querida, ese papel peligroso. ¡Oh, Dios mío! por una simple satisfacción de amor propio, por un halago de la vanidad, se asesina no pocas veces á pobres criaturas virtuosas (pues existen, cierto es que existen, mujeres virtuosas) y se crea una odios mortales. Algo tarde he aprendido que, según la expresión del duque de Alba, más vale un salmón que mil ranas. ¡Oh! sí, sí: un verdadero amor proporciona mil veces más deleites que las pasiones efímeras que una despierta en el corazón de los hombres. Bueno, yo he venido aquí para predicarle á usted. Nada, como que á usted se debe que yo haya pisado este salón que huele á pueblo; no vengo á mirar á los actores, que en otro tiempo, querida, recibía una en su gabinete. pero en el salón ¡qué asco! ¿Por qué me mira usted con ese aire de admiración? No eche en saco roto mis advertencias: si su gusto es jugar con los hombres, no trastorne usted sino á los que no tienen ya la existencia fija, á los que no han de cumplir deber alguno; los otros no nos perdonan nunca el desorden que les ha hecho momentáneamente felices. Aproveche usted esta máxima que he sacado de mi larga experiencia. Ese pobre Soulanges, á quien usted ha vuelto el juicio, y á quien desde hace quince meses tiene usted embriagado, Dios sabe cómo, sirve de ejemplo. ¿Sabe dónde le hiere usted? En su vida toda. Se casó dos

años atrás y es adorado por una angelical criatura de quien él ama y á quien está engañando; ¡si la viera usted cómo vive anegada en lágrimas y en el amargo de los abandonos! Soulanges ha tenido mordimientos tan crueles, que no pueden ser reconocidos con los goces más dulces. Y usted, astuta, usted le ha hecho traición. Venga conmigo á contemplar su obra.

La vieja cogió de la mano á la señora de Vaudremont y las dos se pusieron de pie. Señalando con gesto á la temblorosa y pálida desconocida que guiaba debajo de las luces de la araña, prosiguió plática la señora de Lansac:

—Ahí tiene usted á mi sobrina segunda, la condesa de Soulanges; hoy ha cedido á mis súplicas y ha consentido en dejar su cámara de dolor, donde ni aun el mismo hijo servía de consuelo á sus pesares. ¿La ve usted? Le parece encantadora, ¿no? Pues juzgue usted hermosa mía, lo que pudiera ser cuando la felicidad el amor iluminaban con su brillo ese rostro que ahora está mustio.

La de Vaudremont volvió silenciosamente la cabeza y pareció que se entregaba á graves meditaciones. La señora de Lansac llevóla hasta la puerta de la sala de juego, y dando una ojeada al interior como si buscara á alguien, murmuró con acento solemne:

—Ahí está Soulanges.

Estremeciéndose la condesa viendo en el rincón obscuro aquel rostro pálido y de facciones contraídas, estaba Soulanges reclinado en la perezosa; el desmoronamiento de sus miembros y la inmovilidad de su frente revelaban bien á las claras lo intenso de su pesadumbre; iban y venían los jugadores por delante de él, sin parar más atención que si estuviera muerto. El cuadro que formaban la mujer llorosa y el marido triste y sombrío, separados uno de otro en la misma fiesta como el árbol hendido por el rayo, fué á la manera un aviso profético para la condesa. Figurósele que veía la imagen de las venganzas que le tenía el destino reservadas para lo porvenir. Y es que su corazón no estaba tan seco que la sensibilidad y la indulgencia hubieran sido desterrados de él. Estrechó la mano

de la duquesa y le dió las gracias con una de esas sonrisas que revelan cierta gracia infantil.

—En lo sucesivo, piense usted, hijita querida—murmuró la vieja á su oído,—que lo mismo sabemos nosotros rechazar los homenajes de los hombres que conquistarlos.

Y en tanto que la condesa se entregaba con el alma entera á las compasivas reflexiones que iba despertando en su mente la vista de Soulanges, la señora de Lansac, aprovechando su distracción, acercóse al coronel Montcornet y le sopló al oído:

—La condesa es suya si no es usted un tonto.

La de Vaudremont amaba aún con demasiada sinceridad al conde para que no quisiera verle feliz, y pensando, pensando, se prometía interiormente usar del irresistible poder que ejercían aún sus atractivos para devolvérselo á su esposa.

—¡Oh, y cómo le voy á sermonear!—le dijo á la duquesa.

—No haga usted tal, querida—repuso la vieja volviendo á su poltrona.—Escoja usted un buen marido á mi sobrino ciérrele la puerta. No le ofrezca usted ni aun la amistad. Créame usted, hija mía: una mujer no recibe de manos de otra el corazón de su esposo, porque es cien veces más feliz sabiendo que lo ha reconquistado por su propio esfuerzo. Si he traído aquí á mi sobrina, es porque se me ha figurado que le proporcionaba el medio más excelente para ganar otra vez el afecto de Soulanges. La única cooperación que pido es que halague usted al coronel.

Y cuando le señaló al amigo de Marcial, la condesa sonrió.

—Y bien, señora, ¿sabe usted por fin el nombre de esa desconocida?—preguntó el barón picado á la condesa en cuanto vió que se quedaba sola.

—Sí—dijo la de Vaudremont fijando la mirada en el Director de Investigaciones.

En su faz pudiera leerse tanto disimulo como alegría. La sonrisa que animaba sus labios y sus mejillas, el brillo húmedo de sus ojos, eran parecidos á esos fuegos fatuos que engañan al viandante. Creyéndose todavía amado, Marcial tomó entonces la ac-

titud afectada en que balancea complacientemente el espíritu el hombre cuando se encuentra al lado de la mujer que ama, y dijo con fatuidad:

—¿Y no me guardará usted rencor si yo pruebo que me interesa mucho averiguar su nombre?

—¿Y usted á mí, si por un resto de cariño me expone á revelar lo que le prohíbo á usted que se aproxime á esa dama? Le va en ello la vida quizás.

—Perder su indulgencia, señora, ¿no es peor que perder la vida?

—Marcial—replicó severamente la condesa, —es usted la señora de Soulanges. Y tenga por seguro que el marido le levanta á usted la tapa de los sesos, si es que aun hay sesos en esa cabeza.

—¡Qué gracioso! —replicó el fatuo riendo. —¿En qué modo que el coronel deja vivir tranquilo á quien le ha robado el corazón de usted, y ¿reñiría por su mal ejemplo? ¿Qué trastorno de ideas es ese? Permítame hablar con la damita, se lo ruego. Así tendrá usted la prueba de lo poco que le quería aquel corazón de nieve, pues si no le parece bien á Soulanges que baile conmigo una mujer habiendo sufrido que yo...

—Es que ella ama á su esposo.

—Obstáculo más que yo tendré el gusto de vencerlo.

—Es que está casada.

—¡Chistosa objeción!

—Es decir—observó la condesa sonriendo amargamente,—es decir, que se nos castiga tanto por nuestras faltas como por el arrepentimiento.

—No se incomode usted y tenga la bondad de perdonarme —dijo con viveza Marcial. —Vaya, ya pienso más en la señora de Soulanges.

—Merecería usted que yo le mandase al lado suyo.

—Voy allá, y volveré más enamorado de usted que nunca. Verá usted cómo no puede la mujer más linda del mundo apoderarse de un corazón que le pertenece.

—Es decir, que se empeña usted en ganar el corazón del coronel.

—¡Ah, traidor!—replicó el barón riendo y amagando con el dedo á su amigo que sonreía desde la atalaya.

Acercóse el coronel, y Marcial le cedió el puesto al lado de la condesa, á quien dijo sardónicamente:

—Ahí tiene usted un hombre, señora, que se ha vanagloriado de poder conquistar sus simpatías en el espacio de una velada.

Y alejándose, se felicitó de haber herido el amor propio de la condesa, prestando de paso un mal servicio á Montcornet; pero no obstante su penetración, no supo descubrir la ironía que encerraban los propósitos de la señora de Vaudremont, ni se fijó tampoco en que sin obrar de mutuo acuerdo, tanto su amigo como ella habían ido acortando la distancia que separaba sus corazones. Cuando el provenzal se acercaba mariposeando al candelabro que servía de fondo á la tímida y pálida condesa de Soulanges, el marido de ésta se asomaba á la puerta del salón, y notóse que sus ojos fulguraban como ascuas encendidas. Atenta á todo la duquesa, abalanzóse hacia su sobrino y, so pretexto de que se aburría de un modo estúpido, reclamó su brazo y su coche para salir, contenta de evitar por este medio un escándalo enfadoso. Al retirarse, hizo á su sobrina un singular signo de inteligencia, designándole al aventurero que se disponía á trabar conversación con la joven. El gesto parecía decirle: «Ahí está, véngate.»

Sorprendió la señora de Vaudremont las miradas de la tía y de la damita, y un resplandor repentino iluminó su alma, haciéndole sospechar si le engañaría aquella dama tan docta y tan astuta en materia de intrigas. «Si le habrá parecido chistoso á la pérfida duquesa moralizarme al mismo tiempo que me jugaba una mala partida...»

La señora de Vaudremont se interesó, más por amor propio que por curiosidad, sin duda, en desenredar la madeja de aquel lío. No pudo permanecer serena, porque la preocupación no le dejaba ser dueña de sí, mientras que el coronel, interpretando como signos favorables la inquietud que descubría y la emoción que reflejaban sus frases, se mostró más apasionado y exigente. Algunos diplomáticos, vejetes extenuados que se entretenían en descifrar el juego de los rasgos sardónicos, no hallaron nunca tantas intrigas como

las que excitaban su penetración aquella noche. Las pasiones que atormentaban á las dos parejas, ramificábanse á cada paso, imprimiendo distintos matices en otras caras. El espectáculo de tantos sentimientos pasionales, con sus disputas amorosas, sus venganzas tiernas, sus crueles favores, sus miradas encendidas, toda aquella vida ardiente que palpitaba á alrededor, no les servía á ellos sino de acicate para hacerles sentir más vivamente su impotencia. El barón había podido sentarse por fin al lado de la condesa de Soulanges. Sus ojos se fijaban á hurtadillo en su cuello fresco como el rocío y perfumado con las flores de los campos. Pudo admirar un pie pequeño, muy bien calzado y medir de una ojeada el talón flexible y gracioso: las mujeres llevaban en dicha época sus vestidos anudados por debajo del pecho en imitación de las estatuas griegas, moda terrible para las mujeres de cuerpo defectuoso. Profundizando en sus miradas furtivas en aquel seno, Marcial quedó maravillado; tal perfección tenían las formas de la condesa.

—No ha bailado usted una sola vez esta noche, señora—dijo con voz dulce y lisonjera.—Imagino que no será por falta de caballero.

—No frecuento la sociedad, y soy desconocida en sus salones—replicó fríamente la de Soulanges, que no había comprendido la mirada con que su tía le sinuó que complaciérase al barón.

Marcial entretuvo la pausa enfadosa haciendo brillar el hermoso diamante que adornaba su mano izquierda, y los resplandores producidos por el choque de la piedra con la luz pareció que penetraban pronto en el alma de la joven, tiñendo de carmín sus mejillas.

La condesa miró al caballero con no sé qué expresión indefinible.

—¿Le gusta á usted el baile?—preguntó el provincial tratando de reanudar la plática.

—¡Oh! mucho, señor.

La respuesta hizo que se cruzaran sus miradas. El barón quedó prendido por el acento penetrante con que pronunció ella las últimas palabras y que despertó una es-

ranza vaga en su espíritu, interrogóla brevemente con los ojos.

—¿Y no será temeridad imperdonable en mí creer que puedo ser su pareja en la contradanza próxima?

La confusión candorosa que provocó en su alma la pregunta coloreó de nuevo las blancas mejillas de la condesa.

—Pero, señor, cuente usted con que he rechazado ya á un bailaror, un militar...

—¿Aquel coronel de artillería que se ve allá abajo?

—Precisamente.

—Es amigo mío, no tema usted nada. ¿Me otorga usted la gracia que me atrevo á pedirle?

—Sí, señor.

Era tan franca y tan profunda la emoción que denotaba la voz de la dama y tan desconocida para aquel espíritu gastado, que inmutándose y sintiendo que volvía á sus timideces de colegial, perdió su aplomo, enardeciósele la fantasía meridional y, cuando quiso hablar, sus frases le parecieron sin tino y pobres, comparándolas con las respuestas, que á él se le antojaban vivas y agudas, de la señora de Soulanges. Suerte tuvo con que empezara la contradanza de nuevo. De pie, junto á su linda bailadora, se encontró más libre. El baile es para muchos hombres una manifestación de su carácter, puesto que se figuran que desplegando las gracias de su persona ejercen una sugestión más poderosa en el alma de la mujer, que no valiéndose de su inteligencia. Trató, por tanto, el provincial de poner en juego todo su arte de seducción, á juzgar por lo exagerado y presumido que se mostraba en sus movimientos y en sus visajes. Empezó por colocar á su conquista en la cuadrilla, donde, dándole una importancia absurda, preferían bailar las damas más elegantes del salón. Mientras ejecutaba la orquesta el prelude de la primera figura, vióse el barón muy halagado en su orgullo, pasando revista á las bailadoras colocadas en las líneas de aquel cuadro inimitable y viendo que el tocado de la señora de Soulanges sobresalía aun comparándolo con el de la señora de Vaudremont, quien, por un azar que puede que no fuera fortuito, hacía con el

coronel el *vis-á-vis* de Marcial y de la dama azules que pregonaban que era aventurado juzgar á Todas las pupilas se volvieron de pronto á la señora dama: como que aviadas estaban las jóvenes, si de Soulanges; un murmullo lisonjero anunció que por una mirada expresiva ó por algunos pasos gradacada grupo las parejas hablaban de la joven, y fué curiosos hechos en la danza, quedase comprometida la la lluvia de miradas que expresaban envidia ó admiración de una mujer. Sólo Marcial sabía hasta qué ración, que avergonzándole el triunfo de que habiéndose punto era grande su ventura. En el último cuadro, procurado huir, bajó modestamente los ojos, encerrando las señoras de la cuadrilla formaban la cade-dióle el rubor la cara, y no hizo con esto sino morder, sus dedos apretaron expresivamente los de la contrarse más encantadora. Si levantó los tenues pádeza, y le pareció sentir, á través de la piel fina y pados, sólo fué para acabar de enloquecer al caballero perfumada del guante, que respondían los de la joven como si quisiera rendirle á su vez el tributo de agua su llamada amorosa.

llos homenajes, indicándole que prefería el suyo. —Señora—le dijo cuando terminó la contradanza, todos los demás. Armonizó hábilmente la inocencia—no vuelva usted al rincón abominable en que han con el arte de agradar, ó más bien dicho, aparentestado medio ocultas tanta gracia y tanta belleza. que se dejaba vencer por la ingenua admiración propia. Pues qué! ¿no merecen más tributo que el de la adpia de los primeros amores y de las almas vírgenes admiración ese cuello blanquísimo y esas matas de pelo Pudieron estimar los curiosos, viendo como bailaban bien trenzadas? Venga usted á pasear por los saloque no hacía gala de sus gracias para el público, sinnes, para que el triunfo sea completo.

para Marcial únicamente, y que con todo y ser novio. Siguió á su seductor la señora de Soulanges; y penca en las reuniones de la alta sociedad, supo, consaba él que su logro sería más fácil haciendo ostentno lo habría hecho la coqueta más experimentada cación de su victoria. Dieron, pues, algunas vueltas levantar oportunamente los ojos y bajarlos con modopor entre los grupos que animaban el salón. Dete-destia fingida. En el punto y momento en que lanzase inquieta un momento la de Soulanges antes de reglas nuevas de una contradanza inventada para pasar de una habitación á otra y no pasaba sin haber Trenis, conocida con el nombre del maestro, colocabextendido el cuello para fijarse en todos los hombres ron á Marcial frente al coronel, aquél le dijo riendo que había dentro. Semejante inquietud, que alborota-aba al provenzal, no se calmaba sino cuando él decía

—He ganado tu caballo.

—Sí, pero has perdido ochenta mil libras de renta—le dijo su miedosa compañera: «Tranquilícese usted: él no replicó el interpelado, refiriéndose á la señora de Vaudremont. «está.» De este modo llegaron hasta una galería interminable de cuadros, situada en una de las alas del

—¡Y qué me importa! ¡La señora de Soulanges vale anticipadamente con cubiertos para trescientas per- muchos millones!

Quando terminó la contradanza, no fueron flojos los personas. Como había sonado la hora de la cena, Marcial cuchicheos que se iniciaron de punta á punta de salón arrastró á su conquista hacia un gabinete de forma y de oído en oído. Las damas menos lindas mostravalada que daba á los jardines, donde las flores banse escandalizadas censurando la naciente simpatía más raras y algunos arbustos simulaban una es- observada entre Marcial y la condesa. Las más herpecie de sotillo recamado con brillantes colgaduras mosas se admiraban de que la joven diese de bruce azules. Llegaba hasta allí el murmullo apagado de la con tan rara facilidad. En cuanto á los hombres, fordesta. Rehusó la condesa dar un paso adelante, dejan- zoso es confesar que no se explicaban cómo era tan do ver la vacilación y el esfuerzo que le costaba seguir afortunado el barón, en quien maldito si distinguía al joven. Pero vió, sin duda, reflejándose en el cristal atractivo alguno. Había, no obstante, mujeres indulde uno de los espejos, algunos testigos, porque fué á

sentarse con graciosa desenvoltura en una de las sillas otomanas.

—Este cuarto es delicioso—dijo contemplando la tapicería azul celeste con relieves imitación á perla.

—Todo convida aquí al amor y á la voluptuosidad—repuso el joven muy conmovido.

Y contempló á la condesa, favorecida por la misteriosa penumbra del aposento, sorprendiendo en su rostro dulcemente alterado tales muestras de turbación y á la par de pudoroso deseo, que no pudo menos de admirarse. La sonrisa que se dibujó en los labios de la bella fué como el anuncio de que se decidía poner fin á la lucha de sentimientos que agitaban su corazón, y, resuelta, cogió con el mohín más seductor del mundo la mano izquierda de su adorador, sacándole la sortija que contemplaban sus ojos codiciosamente.

—¡Qué diamante más hermoso!—exclamó con ingenuidad de la joven que siente el cosquilleo de la primera tentación.

Conmovido Marcial por la caricia involuntaria, pero embriagadora, que la condesa le había hecho al despojarse del brillante, fijó en ella sus ojos, tan encendidos y lucientes como la piedra.

—Quédese usted—le dijo—en recuerdo de esta hora celestial y por el amor de...

Le contempló ella con tan arrobadora mirada, que Marcial no pudo concluir y le besó la mano.

—¿Me la regala usted?—preguntó admirada.

—Quisiera poderle ofrecer el mundo entero.

—¿No es burla?—replicó con voz alterada por la satisfacción vivísima.

—¿Acaso no acepta usted de mí más que ese diamante?

—¿No me lo reclamará usted nunca?

—Jamás.

Púsose ella la sortija en el dedo, y Marcial, confiando en su triunfo y tomándose un anticipo, trató de rodear con su brazo el talle de la condesa, pero ésta se levantó rápidamente y dijo con voz tan clara que denotaba emoción ninguna:

—Caballero, acepto este diamante con tanto me-

escrúpulo cuanto que es piedra que me pertenece.

El Director general quedó cortado.

—El señor de Soulanges lo cogió no hace mucho de mi joyero y me aseguró luego que lo había perdido.

—Está usted en un error, señora—replicó Marcial con acento ofensivo,—puesto que me lo ha regalado la señora de Vaudremont.

—Precisamente—añadió ella sonriendo.—Mi marido me rogó que le dejase esta joya; se la dió á esa señora; ella la puso en los dedos de usted. Mi sortija ha viajado, y eso es todo. No me revelará cuanto ignoro esta alhaja, pero en cambio es posible que me enseñe á agradar en todas las ocasiones. Si no me perteneciera, esté usted seguro, caballero, de que no me habría aventurado á pagarla tan cara, pues según se dice, toda joven corre graves riesgos al lado de usted. En fin, para que usted se convenza—añadió tocando un resorte oculto en la piedra,—aun están aquí los cabellos del señor de Soulanges.

Y desapareció á través de los salones, con tal rapidez, que hubiera sido empresa inútil seguirla, por más que, confundido Marcial, no se sintió con ánimos para intentar la aventura. La risa de la señora de Soulanges encontró un eco en el gabinete, y el fatuo pudo distinguir entre dos arbolillos al coronel y á la señora de Vaudremont que refan con risa descompasada.

—¿Quieres mi caballo para correr detrás de tu conquista?—le dijo el coronel.

La paciencia con que soportó las burlas de la Vaudremont y de Montcornet valiéronle que fueran ambos discretos en todo lo que se refería á esta velada, en que su amigo cambió un caballo de batalla por una mujer joven, rica y hermosa.

La condesa de Soulanges franqueó inquieta y desazonada el espacio que separa la *Chaussée-d'Antin* del barrio *Saint-Germain*, donde vivía. Antes de abandonar el palacio de Gondreville había recorrido los salones todos de la casa, sin encontrar en parte alguna ni á su tía ni á su marido, que se habían marchado dejándola sola. Horribles presentimientos atormentaron su alma ingenua. Testigo discreto de las amarguras que sufrió su marido desde que la de Vaudremont

le unció á su carro triunfal, esperaba confiadamente en que no tardaría el arrepentimiento en devolverle al extraviado esposo. No extrañará, pues, que hubiese aceptado con repugnancia el plan urdido por su tía, la señora de Lansac, y que de seguro temblase como si hubiera cometido una falta imperdonable. La velada que acababa de transcurrir fuera de su hogar había entristecido aquella alma cándida y pura. Así como le asustó al principio el aire de sufrimiento que se descubría en el rostro sombrío del conde de Soulanges, espantóle más aun la belleza de su rival y la corrupción de la sociedad por donde había pasado como sobre ascuas y que le oprimía horriblemente el corazón. Cuando pasó por el puente Real echó al aire los cabellos profanados que guardaba el diamante, ofrecidos en otro tiempo como prenda de amor puro. Lloró recordando las tristezas que la anonadaban desde hacía algún tiempo y tembló pensando que el deber obliga á las mujeres, para que no se turbe la paz del hogar, á sufrir en silencio, sin quejarse, ocultándolas en lo más íntimo, angustias tan crueles como las suyas.

—¿Cómo se las arreglará la mujer que no ama para salir de estas apreturas? ¿Dónde está la justificación de su indulgencia? No puedo creer que, como dice mi tía, baste la razón para someterlas á tamaños sacrificios.

Y suspiraba aún ante tan tristes pensamientos cuando el lacayo bajó el elegante estribo, desde donde saltó casi al vestíbulo de su hotel. Subió precipitadamente la escalera, y, cuando entró en sus habitaciones, tembló aterrada, viendo á su marido sentado cerca de la chimenea.

—¿Desde cuándo, querida, vas á los bailes sin que yo te acompañe y sin darme noticia de la escapatoria?—preguntóle él con voz alterada.—Una mujer casada está fuera de su centro cuando concurre á un sitio sin que la acompañe su esposo. ¡Cuidado con el papel que representabas metida en aquel rincón obscuro!

—¡Oh, mi buen León!—murmuró ella con voz amorosa.—No he podido resistir á la dicha de verte sin

que tú me vieras. Mi tía me ha llevado á ese baile, ¡y he sido tan dichosa en él!

Estas palabras desarmaron de tal manera el enojo del conde, que sus miradas perdieron la severidad fingida; esperando y temiendo el regreso de su mujer, porque imaginaba que habría descubierto en el baile la infidelidad que trataba de ocultarle, y siguiendo la escuela de los amantes culpados, procuraba ser el primero en reñir y en mostrarse quejoso sin dar tiempo á que le recriminara ella, á fin de evitar su cólera justísima. Miró sin decir palabra á su esposa, que con aquel brillante atavío le parecía más bella que nunca. Feliz de ver á su marido en horas tales y en una habitación que hacía mucho tiempo que no frecuentaba, la condesa le miró también con tanta ternura, que bajó los ojos avergonzado. La clemencia de que la joven hizo gala embriagó tanto más á Soulanges cuanto que la dulce escena sucedía á los tormentos que sufrió durante el baile; cogió la mano de su mujer y besóla reconocido: ¿acaso no hay también muchas manifestaciones de agradecimiento en el amor?

—¿Qué diablos tienes en el dedo, Hortensia, que tanto daño me ha hecho?—preguntó riéndose.

—Es mi diamante, que tú asegurabas haber perdido y que yo he vuelto á recuperar.

El general Montcornet no casó con la señora de Vaudremont, con todo y haber vivido en tan buena armonía durante algunos momentos, porque fué la dama una de las víctimas del espantoso incendio que prestó triste é impercedera celebridad al baile dado por el embajador de Austria, cuando contrajo matrimonio el emperador Napoleón con la hija del emperador Francisco II.

Julio, 1829.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO